

15 céntimos el número



Año II.

Barcelona 13 Mayo de 1893

Núm. 50

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



EL GUITARRISTA
CUADRO DE LUIS GRANER

SUMARIO

Texto.— Crónica, por B.—El caballero de Frileuse (estilo siglo XVIII), por EMILIO BERGERAT.—La ofrenda de un anillo (traducido de las *Palabras sinceras* de Copée) (poesía), por ADOLFO DE LA FUENTE.—Colección zoológica del Parque de Barcelona, por M. MIR Y NAVARRO.—LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS: Detalles del proyectado parque nacional Yosemite, por JOHN MUIR (continuación), de *The Century Magazine*, traducido por J. COROLEU.—Nuestros grabados.—Mesa revuelta.—Recreos instructivos, por JULIÁN.

Grabados.— El guitarrista, cuadro de LUIS GRANER.—La hermanita guardiana; Un cuento, cuadros del mismo artista.—LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS: El ventisquero Lyell.—La falda meridional del monte Lyell.—El río Tuolumne cerca de la boca del gran cañón.—Entrada del valle Hetch Hetchy.



Crónica

Las fiestas colombinas y la Exposición de Chicago han contribuido á realzar el nombre de España en las regiones septentrionales de América. Aquella parte del Nuevo Mundo se ha distinguido por los obsequios que ha tributado á nuestros monarcas y á nuestra patria, considerando que á su corona y á su pueblo se debía, en parte no pequeña, el descubrimiento realizado en 1492 por el insigne navegante genovés. Los Estados Unidos no cejaron hasta conseguir que la Casa Real de España estuviera representada en el Certamen Internacional de Chicago, por uno de sus príncipes, y de que fuera allá también durante las mismas fiestas el duque de Veragua, descendiente directo del inmortal descubridor de América. A Nueva York han llegado las carabelas, á la vez que anclaban en aquel puerto buques de guerra de todas las naciones del mundo. El presidente, Mr. Cleveland, ha pasado revista á las naves, facsímil de las de Colón, y á los potentes acorazados modernos, siendo aquéllas objeto de especiales distinciones con el fin directo de honrar la nación española. En la revista acompañaba á Mr. Cleveland el citado señor duque de Veragua, al cual se le han tributado toda clase de obsequios, así por parte del Gobierno como de todas las corporaciones y sociedades de aquel rico y poderoso Estado.

* * *

Camino de Nueva York se hallan también, como ya dijimos, SS. AA. los infantes doña Eulalia y don Antonio, que representarán en Chicago á SS. MM. el Rey y la Reina Regente. Los infantes desembarcaron en las Canarias, cosa no vista allí, despertando el más vivo entusiasmo en todas las clases sociales. Hubo solemnes funciones religiosas, se levantaron arcos de triunfo en Las Palmas y en Santa Cruz de Tenerife, se verificaron iluminaciones y otros festejos, y en todas partes fueron aclamados los egregios príncipes. En Santa Cruz se preparaba una expedición al valle de Orotava, una de las comarcas más pintorescas del globo, suerte de paraíso terrenal por lo espléndido de la vegetación y la feracidad del suelo.

* * *

Con el propio motivo se ha hablado de un proyecto que han concebido también los norte-americanos. Tal es el de que el rey don Alfonso XIII diese por sí mismo la

señal de apertura del colosal certamen de Chicago. Ya comprenderán nuestros lectores que para esto hubiera debido acudir á la electricidad. Al indicarse la idea se creyó que era un sueño, pero la ciencia ha hablado afirmando que podía realizarse. Querían los iniciadores del pensamiento, que por medio de los cables eléctricos, en el momento fijado de antemano, el Rey niño tocase el botón eléctrico para que la chispa, pasando al través de hilos cables, llegase á Chicago y produjese allí un resplandor, un efecto que fuese la señal para la apertura. Que esto sea posible, no lo dudamos, pero que se hubieran cruzado grandes dificultades para realizarlo, tampoco cabe ponerlo en duda. Además, aunque fuese de hermoso efecto la transmisión indicada, la impresión que produjera no habría compensado tal vez los gastos y los esfuerzos. De todos modos, es nueva muestra del empeño que están poniendo los norte-americanos en asociar á España y á sus Reyes á las fiestas que celebran con ocasión del Centenario, y cuyo mayor esplendor se reconcentrará probablemente en la ciudad de Chicago y en su Exposición Internacional.

* * *

Hemos indicado alguna vez que el proyecto de *Home Rule* para Irlanda dará lugar en la Gran Bretaña á largas contiendas todavía, y á mucha agitación. Á pesar de haberlo aprobado ya en segunda lectura la Cámara de los Comunes, los conservadores y los unionistas no cejan en su campaña contra aquella ley y contra Mr. Gladstone y Morley. Los conservadores han extremado su oposición al punto de proclamar la resistencia armada en el caso de aprobarse el proyecto. Mr. Balfour ha hecho en Belfast y en Londres ardientes discursos en el expresado sentido. En Londres organizaron un *meeting*, al que concurrieron once mil personas y entre ellas muchos delegados de la provincia de Ulster, que es la que hace una guerra más decidida al *Home Rule*. En aquella reunión fueron recibidos con aplauso los nombres de la Reina y de los individuos de la Familia Real, y con silbidos los de Mr. Gladstone, Mr. Morley y de algunos otros ministros. En Dublín, el día en que debía verificarse la segunda votación en la Cámara de los Comunes, se encontraban las calles atestadas de gente, hasta el punto de que fuera muy difícil circular por ellas. Todo el mundo esperaba con afán la noticia de la votación, y los orangistas, contrarios al *Home Rule*, mataban el tiempo cantando canciones que pudiesen molestar á sus contrarios. Á la una y media de la noche se supo la votación, y entonces los separatistas, los que desean la nueva ley, se retiraron á sus casas, no sin tener que aguantar las embestidas de los orangistas que los apedreaban ó los perseguían á palos.

* * *

Hace ya algún tiempo hablamos del conflicto político que se iniciaba en Noruega por causa de querer tener este reino consulados especiales para él exclusivamente. Hasta ahora Suecia y Noruega habían tenido unos mismos consulados. Esta pretensión, que había apoyado el Gobierno, ha sido tomada en consideración por el *Sthorting* ó Cámara noruega, acordando, en consecuencia, que se constituya un cuerpo consular noruego. El rey Oscar se ha negado á sancionar esta resolución, y el ministerio Steen, que existe desde 1891, ha presentado la dimisión. Este ministerio cuenta con fuerte mayoría en la Cámara, de tal modo, que el rey Oscar, para formar gabinete, habrá de dirigirse al presidente de la minoría conservadora, al cual le será

muy arduo gobernar, porque tendrá en su contra la mayoría, que le pondrá todos los obstáculos imaginables, incluso el no votarle los presupuestos. En otros países el soberano puede disolver las Cámaras cuando no quiere ceder ante ellas ó entiende que no ha de hacerlo, pero en Noruega no existe este medio. En esta lucha entre la Corona y la representación nacional de Noruega, el reino de Suecia guarda una actitud prudente, mostrando deseos de que se llegue á una conciliación.

* * *

Los periódicos de todas las naciones han hablado mucho de la entrevista celebrada por el Papa León XIII y el emperador Guillermo II de Alemania. Ninguno, empero, ha podido decir lo que se trató en la conferencia, pues se mantiene muy secreto. Sobre este hecho dice, con razón, un periódico de París: «Suceda lo que quiera, puede tenerse la seguridad de que la conversación que tuvieron el noble anciano vestido de blanco, que es la admiración del mundo, y el joven, vestido de uniforme azul de húsar, que es el emperador de Alemania, ha sido un suceso histórico de altísima importancia.»

B.

El caballero de Frileuse

(ESTILO SIGLO XVIII)

I



EL caballero Frileuse era el hombre más galante y al mismo tiempo el más feliz del mundo; no porque en su camino no hubiera encontrado algunas punzadoras espinas, sino porque en la piel de filósofo que aquel dichoso mortal había logrado formarse, las espinas más agudas se embotaban: pues quien dice piel de filósofo dice cuero impenetrable y á toda prueba.

Era caballero de gran ingenio, pero más prudente aún que ingenioso: la única travesura que se le conocía era la de haber vivido cincuenta y cuatro años sin indisponerse con nadie, y esto bien podía llamarse travesura si se tenían en cuenta las admirables astucias de que había debido valerse para llegar á tal edad en estado de soltería. Bastaba ver su manera de arrimarse á las viudas, para proclamarle gran político; y sin embargo, uno no podía menos de cobrarle afecto al mirarle cruzar, ligero el paso, alta la cabeza, sonrisa luminosa, apoyado en su hermoso bastón de plateado puño, bastón que, bien se comprendía, llevaba el caballero por mera forma ó por costumbre, y que ponía debajo del brazo en cuanto salía de la ciudad. Más bien cabía dudar de la deslumbrante blancura de su cabellera espesa, y si no fuera por el respeto que inspira su venerable memoria, diría que aquel color de nieve immaculada no parecía del todo auténtico. Para mí era evidente que el señor de Frileuse se teñía el pelo, y que sus cabellos eran en su natural realidad los más francamente negros del mundo. La explicación de esta coquetería ó de esta diplomacia, encuéntrala el que bien sepa buscarla.

No era el buen caballero más realista de lo que las conveniencias exigían, pero tenía en mucho su blasón, hasta entonces sin mancha, no por vanidad nobiliaria, sino por respeto de heredero responsable: lo mismo hubiera hecho á llamarse Durand ó Balourdot. Como vivía retirado, á causa de ser su patrimonio muy modesto, trataba á pocas personas y no ponía el pie en los castillos de sus vecinos sino por rara excepción y sólo cuando altas conveniencias así lo exigían. Pero aunque viviera oscuramente, no se ocultaba en lo más mínimo; al contrario, conocía el proverbio indio: «Si quieres pasar desapercibido, vive en casa de cristal,» y su casa era de cristal transparente. Bien es verdad que estaba poco en ella y que al primer rayo del sol el buen señor se echaba afuera, persuadido de que á pesar de sus cincuenta y cuatro años y de que en todos los días de ellos había contemplado la naturaleza, no la conocía bastante todavía; mientras que respecto á los hombres creía todo lo contrario. ¡Oh! ¡qué hombre tan original era el señor de Frileuse!

Tenía un amigo, uno solo, pero bueno; el cual acudía á este simple llamamiento: ¡Turco! y todo se volvían caricias sin fin ni pretexto y por el solo placer de acariciar.

Un hermano que uno vuelve á ver después de una ausencia de veinte años no es recibido con los transportes con que el caballero recibía á su perro todas las mañanas, después de sólo una noche de separación.

—Hallo en *Turco*, decía el señor de Frileuse, una superioridad evidente sobre todos los amigos de la raza que piensa y habla: y es que *Turco* piensa sin hablar, y el hombre habla sin pensar. De ello resulta que *Turco* no puede ir á contar á nadie el mal que, más ó menos, piensa de mí, y, teniendo tan á la vista mis más secretas faltas, no puede llamar á la murmuración y á la calumnia á que se recreen con ellas. Además, como *Turco* no es admitido en los salones, esto me dispensa de frecuentarlos, aunque yo tenga entrada en ellos, porque todo el mundo sabe que *Turco* y yo somos inseparables: y como las antedichas murmuraciones y calumnias sientan principalmente en los salones sus reales, de ahí que *Turco* me libre de sus ataques, y que su amistad me valga la calma y serenidad de que disfruto. *Felix qui potuit.*

El 1.º de Mayo de 18... el caballero Frileuse se despertó de mal humor, y descolgando el almanaque que tenía puesto en la pared, lo extendió sobre sus rodillas, é hizo el siguiente monólogo:

—Vamos, es hoy, no hay más remedio. A lo hecho, pecho; y ya que fuiste bastante tonto para dar tu palabra, no hay que volverse atrás.

Hacía ya un ratito que *Turco* estaba arañando la puerta, y, por primera vez quizás, su buen amigo no le oía, tal era su preocupación. Pero *Turco*, que no lo sospechaba, temiendo que el caballero se hubiera vuelto sordo, empezó á ladrar tan formidablemente como el caso exigía. El caballero dió un salto de un extremo á otro de la cama y abrió la puerta sin reparo. *Turco* entró con los ojos brillantes de alegría, y saltando al cuello de su señor, empezó á lavarle la cara de tal modo que por fuerza debió hacerle desesperar de nunca más tenerla limpia.

—¡Bueno, bueno! exclamaba el caballero; sí, eres tú, ya lo veo; pero ¡qué demontre! no sabía que te impacientaras de esta manera; y además, la verdad, no te había oído. Bueno, bueno, ¡basta ya! dame un apretón de patas y vamos á nuestro paseo aperitivo. Hace un tiempo espléndido, «el mejor para andar á caballo por la tierra

y por el mar,» como dijo el buen Malebranche. A ver, dame los calzones, y si te portas bien... en fin, ya verás.

Turco tomó delicadamente entre sus mandíbulas los calzones de M. de Frileuse, levantándolos del suelo donde estaban, y los llevó a su amo. Éste entonces saltó de la cama silbando su aire de caza de un modo tan festivo y que evocaba tantas armonías de los lejanos montes, que *Turco* dió tres brincos por el cuarto con la cola al aire.

—¿Ves? decía el caballero, desleyendo su jabón con la brocha de afeitar en un vasito descantillado, ¿ves, querido mío? á pesar de todo, esta mañana estoy de muy mal humor, y voy á decirte por qué.

Turco, arrellanado sobre su cuarto trasero y con la lengua colgándole fuera de la boca, empezó á escuchar á su amigo con el mayor interés.

—Pues es el caso, continuó el caballero, que me veré obligado á mandarte á casa temprano, porque he de ir á la de una señora de ilustre abolengo, que al lado de esta gran cualidad tiene el defecto de apreciar extremadamente sus tapices; también á ti, amigo mío, te gustan mucho los tapices, pero la verdad es que no sabes establecer la diferencia necesaria entre ellos y el vulgar lecho de paja en que duermes ó el delicioso césped adonde ahora iremos á revolcarnos.

Al llegar á este punto el caballero comenzó á afeitarse, mientras el perro no supo disimular un primer bostezo de hambre.

—Ya veo, continuó el buen señor, cuánto simpatizas con mis apuros, y hasta acabas de mostrarme, con el ingenio que te es ordinario, el efecto que sobre todo cerebro de filósofo produce lo que se ha dado en llamar placer de los salones. ¡Oh! ¡los salones! allí se bosteza sobre poco más ó menos de la misma manera que tú acabas de hacerlo. Mi padre, que era hombre de experiencia, á quien tú desgraciadamente no has llegado á conocer, decía á menudo...

Aquí el señor de Frileuse, después de haber pasado lentamente la navaja por el cuero, empezó á afeitarse el duro pelo de la barba, interrumpiendo sus confidencias. *Turco* aprovechó esta tregua para dar cuatro saltos en persecución de un abejorro azul que había entrado en la estancia montado en un rayo de sol.

—Pues, como te decía, continuó el caballero mientras limpiaba la navaja en un trapo, mi padre hizo una vez insertar en el *Mercurio* una sátira sobre eso de los salones, sátira que por su vigor y alcance rivaliza con las mejores producciones de ese pobre Gilbert, cuyo deplorable fin te he contado algunas veces. He aquí dos versos de ella que confío á tu excelente memoria:

*El fastidio no nace de la uniformidad
sino de los cumplidos de la sociedad.*

Ante tan hermosa cita, que el caballero recitó con voz sonora, llevando con la navaja el compás de la rima y del metro, *Turco* había ido á refugiarse en un rincón del cuarto batiendo el suelo con la cola, lo cual es la única manera de aplaudir que tienen los perros y también el único procedimiento de edificación que usan los castores.

—Bueno, bueno, modera tu entusiasmo, dijo el señor de Frileuse, mi padre escribió eso sin pretensión de ninguna clase. Y ahora vén á estrenar mi barba afeitada; no quiero que como *Andrómaca* puedas decir:

que hoy no le he besado todavía.

En pocos momentos el caballero acabó su tocado;

tomó su bastón de puño de plata, abrió la puerta del jardín, la de la calle, y pronto entró en pleno campo.

La mañana estaba espléndida. En la fría y límpida atmósfera el paisaje se dibujaba de relieve como un bordado japonés: bandadas de pájaros se diseminaban por el bosque como collares desgranados, y todos los pueblecillos del valle parecían sumergidos en la inundación de los verdes trigos. Al pasar delante de las chozas, muchachuelos con la cara untada de manteca saludaban al excelente señor sin dejar de comer á boca llena sendas rebanadas, mientras que *Turco*, loco de alborozo, perseguía á los ánades hasta hacerlos zambullir en los charcos que eran su refugio. Después volvía hacia su amigo, corría á su alrededor en todos sentidos, y salía disparado como una flecha á perderse entre los trigos.

—¿No es cosa extraordinaria, pensaba entretanto el caballero marcando el paso con su bastón sobre el camino, á mi edad verme sujeto todavía á tales empresas? ¡Dios mío! ¡cuán difícil es en este mundo el conservar uno su libertad! Si fuera yo joven y elegante como *Turco*, pase; pero ¿no es triste cosa á los cincuenta y cuatro años inspirar todavía pasiones? La señora de Vilanel es una mujer amabilísima, no cabe negarlo: toca admirablemente el clavicordio y Aracné envidiaría la perfección de su bordado: es inteligente é instruída, y su carácter no puede ser mejor de lo que es. ¡Ah! ¡si nos hubiéramos conocido veinte años antes! Entonces *Turco* no existía aún: ¿no es verdad, amigo mío, que veinte años atrás tú no habías nacido todavía?

De repente *Turco* enderezó las orejas: entre los árboles se había oído el son de una campana que denotaba la proximidad de un castillo.

—Ya lo ves, me esperan, dijo el señor de Frileuse; es la campana del almuerzo. Todos los años en esta fecha mi cubierto está puesto en la mesa de la excelente señora condesa de Vilanel: se atenta á mi libertad con succulentos manjares, y se sujeta mi razón á la prueba de las trufas. Haces bien en ladrar; ¡quién sabe si este hermoso sol alumbrará mi derrota! En cuanto á tí, pobre compañero mío, no puedo presentarte á la condesa á causa de los famosos tapices de que ya te he hablado. Pero este país es bellissimo: encontrarás en él parajes deliciosos y puntos de vista dignos del pincel de Delille: conque pásate un poco, y á las tres vén á buscarme. En el pueblo encontrarás seguramente una posada aceptable, y tal vez tengas allí ocasión de hacerte con buenas relaciones.

Pronto *Turco* se perdió entre los campos, mientras el caballero llamaba á la reja del castillo.

En el patio, adornado con guirnaldas de frescas flores, la señora de Vilanel, rodeada de su servidumbre, aguardaba al caballero. Su vestido era de un color verde suave muy significativo, y ella parecía una Flora algo madura entre los verdores primaverales. Sus blancas espaldas desnudas, y verdaderamente dignas de estarlo, salían de una orla de negros encajes que se estremecían de deleite á cada atrevimiento de los cefirillos. Tenía en la mano un pañuelo bordado, y un poco oprimida de cuerpo por lo ajustado del vestido, estaba allí tiesa é inmóvil en majestuosa actitud.

Decir de ella que había sido muy hermosa, fuera, cuando menos, mala fe, pues indudablemente lo era todavía. Sus ojos seguían siendo como en su juventud, cándidos y puros al igual de dos violetas, y su linda y sonrosada boca guardaba constantemente la forma de una sonrisa. Inalterable bondad resplandecía en sus amables facciones, y en verdad que era precisa toda la terquedad del señor

de Frileuse para poder resistir durante diez años al amor de la pobre condesa.

Porque esto era lo cierto; la condesa le amaba diez años hacía; pero esto exige una explicación.

El año mismo en que quedó viuda la señora de Vilanel, que entonces no confesaba más que treinta y dos años, había hecho conocimiento con el caballero, que contaba cuarenta y cuatro, y, desde aquel encuentro, había declarado repetidas veces que no volvería á casarse.

Mas contra este vano juramento juntaron sus fuerzas el amor y la ocasión, con tal éxito que, á la tercera visita, el señor de Frileuse comprendió que aquella mujer era atentatoria á su independencia de soltero. Conmovido, sin embargo, por la ingenuidad del tierno sentimiento que inspiraba, juzgó deuda de honor el explicarse con ella, y tomándole dulcemente la mano le habló de esta manera:

—La ilusión, noble señora, habita en vuestros hechiceros ojos. *Oídme: mi amistad es lo más que yo puedo ofrecer, porque Dios me ha hecho solterón perpetuo. El celibato es para mí no sólo una irresistible vocación, sino una condición esencial de mi existencia. Hay personas que nacen para ser el cuarto en el juego del whist: yo soy una de esas personas. Tengo manías muy arraigadas y costumbres de pájaro nocturno, sin hablar de mi carácter, que muchas veces á mí mismo se me hace insoporable. Añadid á eso una repugnancia feroz por todo lo que huele á indisolubilidad y juzgad si con todo ello puedo ser el esposo con que soñáis.*

La señora de Vilanel, sonriendo tristemente, había contestado tan sólo:

—Esperaré.

II

—¡Esperaré!

Mágica palabra que había precipitado en el ánimo del caballero el espumoso torrente de la perplejidad. Después, acompañándole hasta la verja, la condesa había añadido:

—No ignoro que no volveré ya á veros desde ahora: os esforzaréis en evitarme, porque los hombres sois así. *Pídeos, pues, una última gracia; prometedme otorgármela. Estamos hoy á 1.º de Mayo; todos los años, en tal día, os aguardaré en el umbral de mi puerta, ¿vendréis á encontrarme? El día en que no me encontréis allí, no entréis: será que os he olvidado ó que estoy muerta.*

Y repuso con los ojos llenos de lágrimas:

—¿Es mucho una visita al año?

—Os doy mi palabra de caballero, contestó éste muy emocionado, que cada 1.º de Mayo, á las once de la mañana, llamaré á la verja del castillo de Vilanel.

Y después de haber besado la mano de su pobre enamorada se alejó echando pestes interiormente contra la imperiosa vocación que le mantenía soltero.

Este año era, pues, la décima visita. Desde que la condesa divisó al caballero, su cara se coloreó con todos los alegres matices de la alborada: en eso conoció el ingrato que seguía siendo tan amado como siempre. Tanta fidelidad no dejó, sin embargo, de interesarle, tanto más en cuanto la condesa, ajustándose á los ritos de la galantería, le aguardaba á pie firme y sin adelantarse en lo alto de la escalera, rodeada de sus servidores inmóviles como garzas que hacen la digestión.

—¡Siempre encantadora! dijo el señor de Frileuse al saludarla.

—Y vos siempre exacto, contestó ella; ¡cuánto os lo agradezco!

En la gran sala había preparado un suntuoso almuerzo. El caballero ofreció su enguantado puño á la condesa, y ambos tomaron asiento en sillones de alto respaldo.

Los rayos del sol arrancaban vivos destellos del servicio completo de plata, reflejándolos en los tapices de fondo blanco, donde escenas pastoriles, llenas de frescura, alternaban con cacerías reales. Doce retratos de antepasados desfilaban hasta la penumbra de la alta chimenea sus altaneros rasgos de hombres valientes ó famosos, y á cada uno de ellos el óvalo del marco formaba como una aureola de oro, multiplicándose hasta lo infinito dentro de los espejos. Al través de las grandes ventanas veíase desplegarse el parque, con sus árboles seculares, sus céspedes sembrados de flores, sus largas avenidas y paseos, y en el gran surtidor veíase reflejarse, límpida y temblorosa, la silueta del viejo castillo estilo Luis XIII. La primavera enviaba á los comensales sus aromas más suaves y sus mágicas armonías, y á ello se mezclaban los no menos suaves olores de los apetitosos asados; como coronación de todo la condesa sonreía á su amado caballero; pero ¡con qué sonrisa!

Sin embargo, el caballero no estaba allí del todo bien. Inclínabase maquinalmente, ya á la derecha, ya á la izquierda, como buscando alguna cosa de la que ni él mismo se daba cuenta. ¡Ay! ¡echaba de menos á Turco, y no sabía qué hacer de los huesos del asado!

Entretanto la condesa, que no tenía apetito, contemplaba al caballero que, para disimular su embarazo, devoraba más que comía, y ella le encontraba admirable aun bajo este aspecto.

—¿Sabéis, amigo mío, dijo de pronto, que voy á cumplir cuarenta y dos años?

El caballero soltó el vaso en que iba á beber. El reproche, fina é ingenuamente expresado, le había ido al alma: sintióse tentado de echarse á los pies de la condesa y pedirle perdón.

—¿Es posible? exclamó; ¡pero esto es espantoso!

—¡Ah, caballero! continuó la condesa interpretando mal aquella exclamación, hace diez años yo no tenía más que treinta y dos.

El señor de Frileuse no contestó, pero, en su turbación, tendió maquinalmente el plato de la mesa á Turco, que no estaba allí, con una insistencia tan cómica que el criado que tenía detrás le tiró discretamente de la casaca para advertirle de su error.

—¡Abajo las patas! gritó el caballero, encantado de poder mudar de conversación, y dirigiéndose á la condesa, añadió:

—¡Este animal es insoporable!

La condesa hizo un signo y los criados se retiraron estupefactos.

—Ahora, amigo mío, dijo ella, ya estamos solos.

El señor de Frileuse quedó sumamente perplejo; y sin embargo, era menester hablar. Levantóse, acercóse á la condesa, tomó el extremo de sus dedos y le dijo con singular ingenio:

—¿Qué edad creéis, señora, tenía el divino Ulises al regresar á Itaca?

—¡Caballero! exclamó la condesa retrocediendo, con la faz encendida.

—Júroos, señora, que interpretáis mal el sentido de mis palabras; porque si bien yo no soy Ulises, vos sois indudablemente Penélope, y digo poco: esta era la intención de mi pregunta, y todo estriba en ella; porque yo nunca había creído en la realidad de Penélope; la fidelidad me había parecido hasta ahora cosa exclusiva de los pe-

rrros. Dígallo sino aquel Argos de que nos habla el mismo Homero, aquel Argos de que al cabo de veinte años de no ver á su dueño, murió de alegría al hallarle de nuevo y reconocerle. Pero he aquí que ya me rindo y me convenzo. Lo que siento, condesa, es ser más viejo de lo que era Ulises, y confieso que es gran pecado no haber sabido aprender hasta tan tarde lo que de tal interés era conocer desde la juventud.

—¿Decís verdad? exclamó ella; ¿cedéis al fin?

—Debería ceder sin duda, porque ahora conozco que os amo con todo mi corazón. Pero considerad cuanto más ventajoso no sería para vos y para mí, el continuar siendo sólo buenos amigos; permitidme que os demuestre...

—Caballero, interrumpió la condesa levantándose con dignidad; puedo aguardar todavía...

Y fué á sentarse delante del clavicordio, haciéndole susurrar una vieja canción dulce y triste como el amor que tenía en el alma. El señor de Friuse se había parado ante un tapiz que representaba la caza del jabalí, y parecía absorto en contemplar la atropellada carrera de una jauría de perros y los grupos diseminados de picadores sonando las trompas de caza; pero en realidad pensaba sólo en su deplorable situación. No veía otra jauría que la de sus faltas para con la condesa, ni oía otra música que la de los reproches que él mismo dirigía á su propio egoísmo. Durante estas reflexiones, la canción acentuaba su melancólico estribillo, y el corazón del caballero iba enterneciéndose por momentos. Sentíase el buen señor asediado por las miradas de los excelentes abuelos de la condesa, un poco fanfarrones, sí, pero buena gente al fin y al cabo, metidos en sus cotas de malla y en sus musleras y sus tremendos cascos. «¿Afrentarás de esta manera, parecían decirle, la noble raza de los Vilanel?» Además, por las abiertas ventanas entraban á oleadas los revividores efluvios de la primavera; la antigua canción iba haciéndose cada vez más tierna... acababa en lánguido suspiro... y el caballero cayó á los pies de la condesa.

En aquel mismo instante dieron las tres, y uno de los postigos de la ventana chocó violentamente con la pared y derribó con gran estrépito una silla á impulsos de un cuerpo negro, fangoso, erizado, que penetró en el salón dando un ágre aullido. Era *Turco* que venía á buscar á su amo á la hora convenida.

—¡Oh! ¡qué cosa tan horrible! ¡qué estupidez de perro! gritó asustada la condesa.

A estas palabras el caballero palideció un poco, y, sin querer oír más, se levantó, tomó su sombrero, su bastón de puño de plata, y después de haber saludado ceremoniosamente á la señora de Vilanel, llamó silbando á *Turco*, salió, y se volvió á casa tan soltero como antes.

Al año siguiente, cuando, fiel á su palabra, se presentó en el castillo el día 1.º de Mayo, la condesa no le aguardaba en lo alto de la escalinata, sino que junto á la verja fué acogido por una espantosa jauría de perros de todas clases, aullando todos á la vez como furias. Aquel año, la señora de Vilanel se había casado con el noble vizconde de la Paludière, gran cazador y coleccionador emérito de perros de todas castas, tamaños y aptitudes, perros sabios inclusive.

—Por uno que yo tenía, pensó el caballero, no valía la pena de... ¡ah! la mujer, la mujer...

Y se alejó.

EMILIO BERGERAT.

La ofrenda de un anillo

TRADUCIDO DE LAS «PALABRAS SINCERAS» DE COPÉE

ALLÁ en un tiempo remoto, el Rey de Persia en un viaje halló de negro follaje un cedro enorme en un soto.

Rodeando aquel tronco fuerte hizo de oro á su platero poner un anillo entero por librarle de la muerte.

No hiciera suerte funesta que un leñador codicioso hendiese el tronco frondoso de aquel rey de la floresta.

En el curso de mi vida he encontrado yo á mi paso más extraordinario caso: tu corazón que no olvida.

Y del Príncipe remedo que marcó el árbol robusto, poner quisiera mi gusto una sortija en tu dedo.

ADOLFO DE LA FUENTE.

Colección zoológica del Parque de Barcelona



QUIEN durante una de esas tardes primaverales, sobre todo si coincide con ser día festivo, dedique un par de horas á pasear por el Parque de Barcelona, verá indefectiblemente numerosísimas personas que acuden y permanecen largos ratos entretenidas ante las instalaciones de los animales vivos que forman la colección zoológica expuesta en el llamado Paseo de los Álamos. Este hecho tan frecuente, por poco que se medite, patentiza lo mucho que atrae la atención y excita la curiosidad todo aquello que de una manera sensible permite apreciar las bellezas que ostentan los seres animados que nos rodean, las actividades que despliegan para asegurar su existencia, las utilidades que inmediata ó mediatamente puede el hombre obtener de los mismos, los distintos medios que exige la vida en sus múltiples manifestaciones y otro sin fin de circunstancias que de una ú otra manera las relacionan con nuestro propio ser y hacen que necesariamente nos interesen.

Es innegable que la instrucción popular constituye quizás el principal factor para asegurar el bienestar de una nación; por consiguiente, todo cuanto contribuya al desarrollo intelectual de nuestro pueblo ha de ocupar con predilección á quien de buen español se precie; y como estamos plenamente convencidos de que los jardines ó parques zoológicos dispuestos del modo debido, á la vez que sirven de solaz ó esparcimiento (tan necesario especialmente para los moradores de las grandes poblaciones) constituyen un poderoso elemento instructivo, no vaci-

lamos en llamar la atención de nuestras autoridades locales acerca de la citada colección, pues juzgamos no ha de considerarse como objeto baladí sino altamente provechoso; porque si hoy es aquélla poco numerosa, en relación con lo que pudiera y debiera ser, dada la importancia de nuestra hermosa ciudad, si se atiende como merece, adquirirá indudablemente, en muy corto plazo y sin grandes dispendios, el incremento necesario, y podrá disponerse de manera que llegue á constituir un valioso establecimiento zoológico, análogo al que ostentan con orgullo gran número de ciudades extranjeras. Por otra parte, cuanto se haga para popularizar los conocimientos histórico-naturales ha de apreciarse no sólo como oportuno sino de gran conveniencia, por la sencilla razón de que tales conocimientos proporcionarán, casi con seguridad, medios poderosísimos para levantar la abatida agricultura patria de la postración en que desgraciadamente se encuentra.

Las apuntadas consideraciones, entre otras muchas que se nos ocurren, han motivado que escribamos algunos artículos en los cuales procuraremos exponer, de la manera más sencilla y compendiada posible, todo aquello que á nuestro entender ofrecen de interesante las especies zoológicas contenidas en dicha colección y que sean notables por lo útiles, por sus costumbres especiales ó cualquiera otro concepto. Y á fin de hacer nuestro trabajo esencialmente práctico, las daremos á conocer en el mismo orden que las hallará instaladas quien recorra de arriba abajo la parte izquierda del citado Paseo de los Olmos; omitiendo de intento, por no considerarla pertinente en este caso, toda cuestión taxonómica ó de clasificación.

Lo primero que se observa digno de mencionarse es una suerte de invernáculo, dentro del cual, además de tres pequeñas jaulas cada una con un cuadrupedo ó mono de poca importancia, se contienen varias aves prensoras.

Muchas de las personas que se detienen á contemplar la belleza del plumaje á la vez que los variados y graciosos movimientos de estas aves, las conocen con el único nombre de *Loros*, siendo así que en la actualidad no hay en el invernáculo *Loros* propiamente dichos, únicamente se ven algunos *Guacamayos*, una *Cotorra* y pocas *Cacatúas*.

Los *Guacamayos* se distinguen por su mayor volumen, mejillas desnudas, cola muy larga y el plumaje espléndido y de colores variadísimos. Son originarios de la América del Sur, y por más que en estado salvaje se hallan solamente en las selvas vírgenes, frondosas, y por lo tanto lejanas de la morada humana, cuando se cogen pequeños se dejan domesticar fácilmente, soportando bien la cautividad, razón por la cual abundan muchísimo en Europa; pudiendo asegurarse que no hay jardín público ó privado de alguna importancia en donde no se vean estas magníficas aves constituyendo siempre uno de los adornos más preciados. Debe tenerse en consideración que los *Guacamayos* domesticados, aun aquellos que parecen más dóciles, dan á lo mejor un picotazo á la persona que se les acerca, si bien sea con objeto de acariciarlos; por cuyo motivo, si no se les conoce, hay que tratarlos siempre con cierta precaución. En libertad se alimentan de frutos, reúnen en pequeñas bandadas, y anidan en los huecos de los árboles. Se les caza para utilizar especialmente sus magníficas plumas.

Las *Cotorras* se asemejan á los *Guacamayos*, pero tienen plumosas las mejillas, son más pequeñas y de coloración menos variada, predominando en ellas, por punto general,

el color verde. Proceden de América, viven también en los bosques, se juntan á veces en gran número, comen frutos y semillas, causando frecuentemente inmensos destrozos en las plantaciones, y anidan en los árboles huecos. Cuando no se les hostiga, desde el rayar de la aurora y durante el día están en continuo movimiento: trepan, suben y bajan de rama en rama ayudándose de su pico, y si á esto se agrega la algarabía que en ocasiones



Aves prensoras, llamadas vulgarmente *Loros*

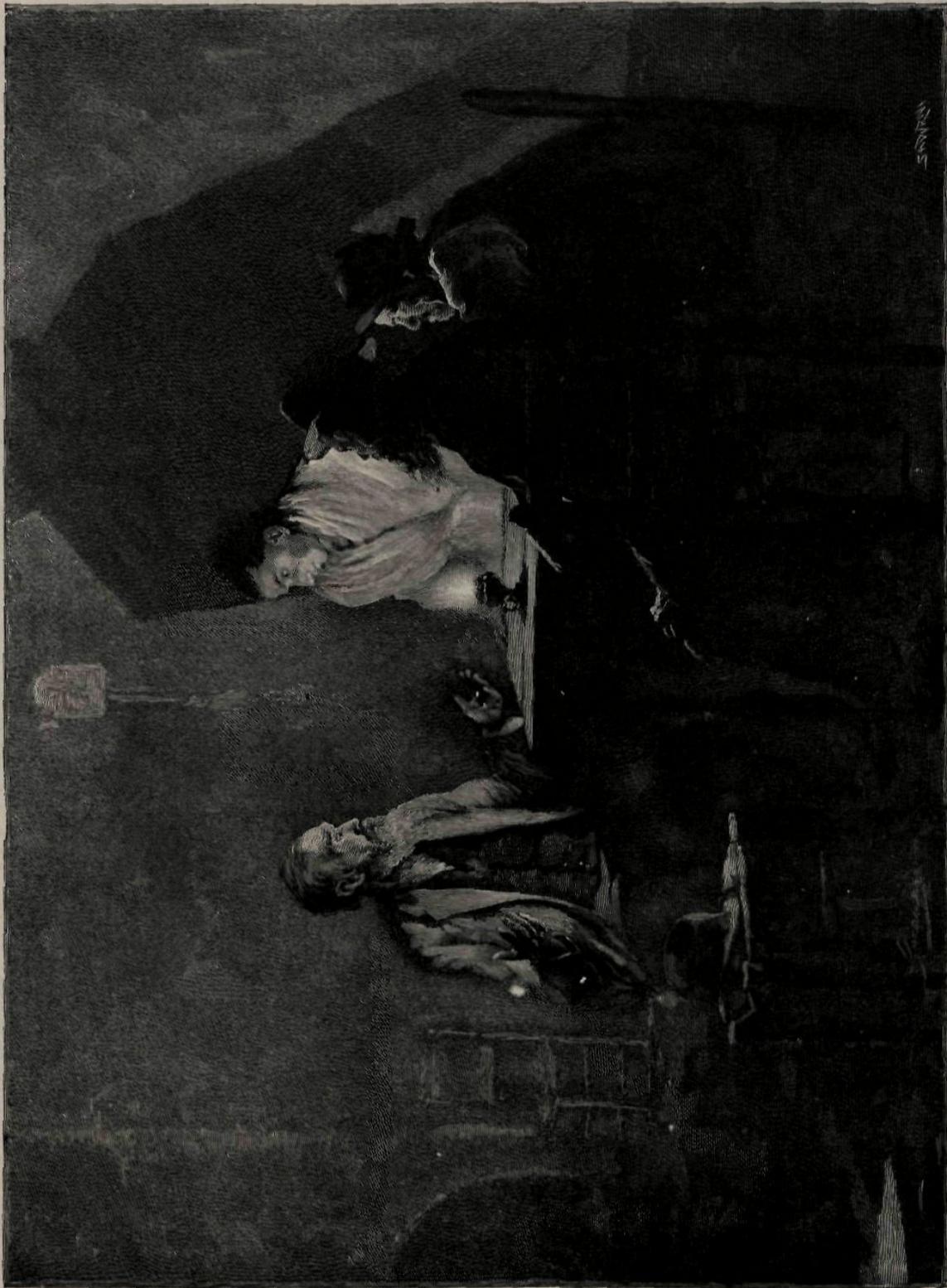
promueven con sus penetrantes gritos y chirridos, se comprenderá la animación, alegría y vida que comunican estas aves á los solitarios lugares en que se encuentran. Se avienen fácilmente al cautiverio, reproduciéndose en este estado casi sin necesidad de cuidados. Algunas especies domesticadas se aprecian muchísimo por su índole pacífica y porque son muy cariñosas.

Las *Cacatúas* se caracterizan á primera vista por el moño de plumas eréctiles de que tienen guarnecida la cabeza. Son frecuentes en ciertas comarcas de África, Asia y Oceanía, pero las especies más notables proceden de las Indias y Australia. En estado libre viven en los bosques, salen á las llanuras en busca de alimento, que lo constituyen frutos, semillas, pequeños bulbos y tubérculos, desenterrando hábilmente estos últimos á picotazos; y como por lo regular se reúnen en bandadas numerosísimas, ocasionan daños considerables en los sembrados recientes así como también en los campos de maíz cuando este cereal está próximo á la madurez. Esto explica el aborrecimiento que á dichas aves tienen los cultivadores de Australia y el porqué las persiguen hasta con encarnizamiento, no perdonando medio que pueda exterminarlas.



LA HERMANITA GUARDIANA

CUADRO DE LUIS GRANER



UN CUENTO. — CUADRO DE LUIS GRANER

Los australienses emplean ordinariamente para cazarlas una arma especial que ellos llaman *boumerang*, la cual tiene forma de hoz y está constituida de madera dura ó madera y hierro; arma que algunos manejan maravillosamente arrojándola á una distancia de 30 ó 40 metros. El indígena que persigue á una bandada de cacatúas, como éstas se hacen recelosas, procura acercarse con la mayor cautela al bosque ó llanura en que se hallan; cuando ha logrado ponerse á distancia conveniente, se deja ver de aquéllas, y en el momento que se remontan en el aire para huir, les lanza con fuerza un *boumerang* hacia el centro de la bandada; el arma que gira rápidamente las aturulla, y como al primer *boumerang* siguen otro y otros, gran número de las aves caen sucesivamente en tierra muertas ó heridas.

Las cacatúas se cogen vivas sin grandes dificultades, por esto abundan tanto en Europa y se venden á precios relativamente bajos. Por lo demás, se acostumbran pronto á vivir con el hombre, domesticanse con facilidad, tienen mucha memoria, y ciertas especies se distinguen por lo inteligentes, pues no sólo aprenden á remedar la palabra humana, sino también otras diversas habilidades.

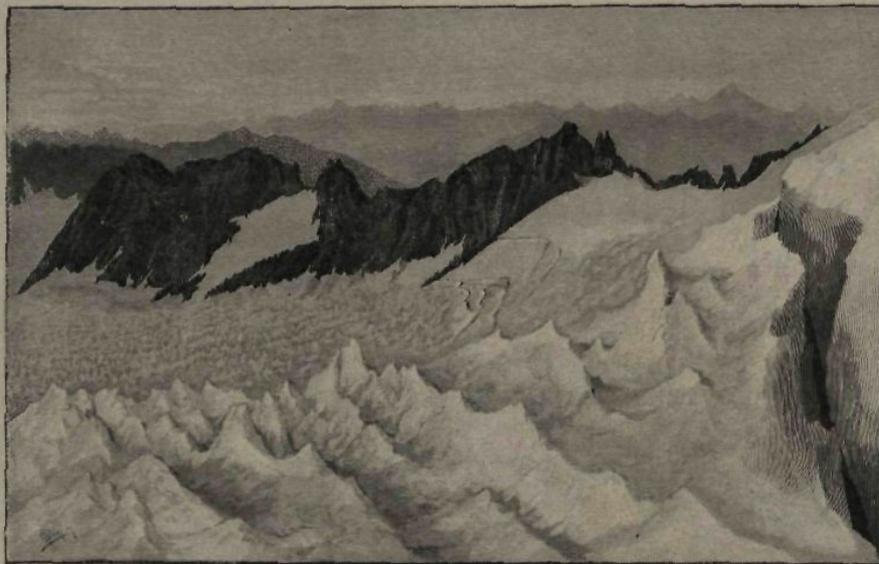
Loros propiamente dichos. Aunque en la actualidad no los hemos visto en la colección zoológica del Parque,

bueno es saber que se diferencian por tener las mejillas cubiertas de plumas y la cola corta, cuadrada ó redondeada. En estado de libertad se hallan en todas las partes del mundo excepto Europa, habitando principalmente las zonas tropicales. Por su mucha inteligencia les llaman *monos alados*, se avienen sin dificultad á vivir con el hombre, tienen excelente memoria y aprenden pronto no sólo á remedar nuestra voz articulada, sino también la risa, el lloro y otras manifestaciones humanas. Estas circunstancias hacen que se les estime en mucho, vendiéndose algunos que en ellas sobresalen á precios considerables.

Si bien puede decirse que las aves prensoras en estado salvaje son frugívoras, en cautividad se acostumbran fácilmente á comer de todo, prefiriendo, sin embargo, por punto general las sustancias feculentas y azucaradas. En los países donde viven en libertad se cazan especialmente para utilizar las plumas ó la carne de algunas; mas entre nosotros, que sólo es dable poseerlas cautivas, constituyen mero objeto de adorno, teniéndolas enjauladas, unas especies para deleitarnos admirando su esplendoroso y magnífico plumaje, y otras por la distracción que nos proporcionan con su continua charla y graciosos movimientos.

En el siguiente artículo nos ocuparemos de las gallinas y palomas.

M. MIR y NAVARRO.



El ventisquero Lyell

LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS

DETALLES DEL PROYECTADO PARQUE NACIONAL YOSEMITA

POR

JOHN MUIR

(CONTINUACIÓN)

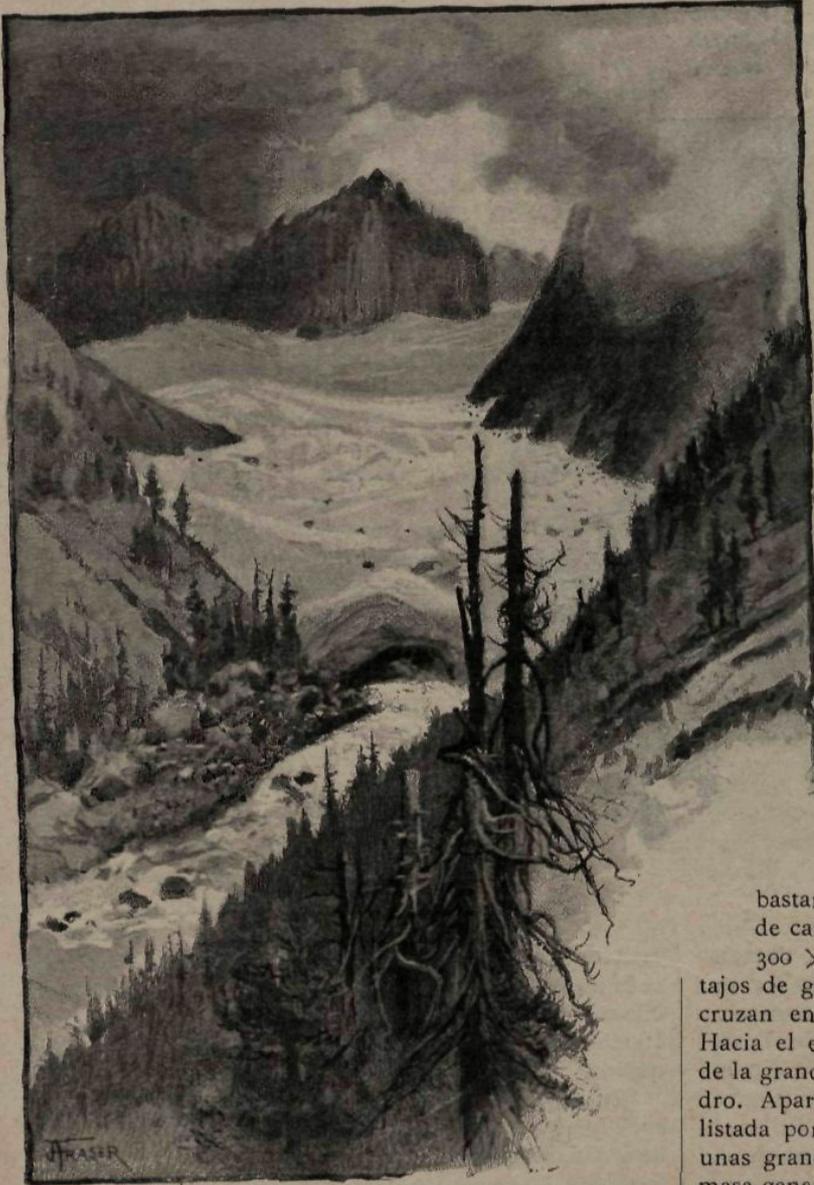
DESCÚBRESE desde allí los inmensos peñascales que indican la situación de antiguos ventisqueros, desenvolviéndose en graciosas curvas desde el fondo de los abismos y presentando un aspecto regular y en apariencia ordenado que recuerda los terraplenes de los

ferrocarriles. Más allá atraen nuestras miradas las brillantes ondulaciones del suelo, bruñido ha mil años por heladas corrientes.

Hacia la base de la montaña adviértese lo desmedrados que son los árboles, hasta que á una altura de 11,000 pies

se encuentra una capa de fragmentos de la blanca corteza de los pinos, tan apretada por diez ó veinte pies de nieve acumulada todos los inviernos por espacio de siglos, que al pasar por allí parece que está uno pisando alfombras. Allí veríais cuán vivaz y animoso es en tales sitios ese árbol montaraz, que no tiene más de cuatro pies de alto y algunas pulgadas de diámetro, contando ya tres ó cuatro siglos de edad, y sin embargo, está bravamente apegado á la vida, agitando alegremente sus ramillas á merced de la

Este á Oeste, pero parece casi circular mostrándose en el desnudo desierto como un disco de bruñido metal azotado á veces por los tempestuosos vientos de las montañas que encrespan sus aguas vistiéndolas de espuma. Al Sur del lago vese una cordillera de cenicientos volcanes, hoy apagados y aunque el más riscoso de ellos se alza á casi dos mil pies sobre el nivel del agua podéis echar una mirada al interior de sus cráteres desde los cuales, en una época relativamente próxima, brotaban llamas y cenizas.



La falda meridional del monte Lyell

brisa y absorbiendo los rayos del sol que hacen madurar sus hermosas bellotas purpúreas, como si estuviese dotado de una vida eterna.

El panorama que se descubre desde la cima es uno de los más extensos y sublimes que ofrece la cordillera. Por el lado de Oriente divisase allende los abrasados desiertos y las montañas de la gran cuenca una serie de cordilleras cuyos suaves contornos se dibujan en lontananza, ostentando hermosos tintes azulados y purpúreos. A más de seis mil pies de profundidad podéis contemplar el Lago Mono, al cual sombrea el monte donde estáis situados. Tiene diez millas de diámetro de Norte á Sur y catorce de

Hacia el Oeste se divisa una multitud de nevadas cumbres separadas entre sí por un laberinto de cañones y entre las cuales se extienden varias fajas de arboleda, en tanto que en primer término se perciben algunos pequeños lagos y praderas. Al Norte y al Sur álzanse altaneros los dentellados picos alineados á lo largo del eje de la cordillera y en algunos puntos agrupados como los árboles en la selva formando paisajes de salvaje y asombrosa magnificencia, tranquilos y silenciosos como el escenario de los cielos.

Desde allí pueden verse ocho ventisqueros. Uno de ellos es el de Dana, situado al Noreste de la montaña, al pie de un precipicio que tiene unos mil pies de profundidad. Un poco más abajo hay un hermoso lago, cuyas aguas, de color verde claro, son uno de los muchos y muy achicados vestigios del vasto sistema glacial de la sierra, que antaño llenaba todos los valles y abismos de las montañas y cubría las cimas menos elevadas debajo de los inmediatos manantiales que corrían á derecha é izquierda de la cordillera pródigamente alimentadas por las nieves del período glacial.

En la excursión al monte Lyell puede llegarse cómodamente hasta el pie del monte á caballo siguiendo las sinuosidades del río. Pasado el punto donde éste hace su bifurcación vuélvese al Sur costeano el brazo Lyell del valle que pasa por un paraje bastante angosto y profundo para merecer el nombre de cañón. El terreno llano de la pradera tiene unas 300 X 200 yardas de extensión y lo limitan unos tajos de granito ceniciento coronados por un pinar que cruzan en varios puntos los barrancos de los aludes. Hacia el extremo superior del cañón se descubre la cima de la grande sierra, que es un sublime y armonioso cuadro. Aparece en primer término la purpúrea pradera listada por varias hileras de sauces y en segundo término unas grandes lomas de granito que forman la base de la masa general de la montaña franjeadas de oscuras arboledas, siempre cubiertas de nieve, excepto en otoño.

Una milla más arriba hay un paraje muy á propósito para establecer un campamento, en la margen oriental del río. Allí puede hacerse alto gozando de la vista y armonía de una preciosa cascada que se despeña del tajado muro del cañón. Siguiendo por allí la ascensión hay que trepar con cautela; pero no son tan grandes la dificultad y el peligro que puedan ser parte á arredrar á un turista de vigor y habilidad regulares, en tanto que el panorama que se descubre desde la cima es sobre toda ponderación espléndido y admirable. Hacia el Norte hay el monte Mammoth, los montes Gibbs, Dana, Warren, Couness y muchos otros; al Sureste la bravía y dentellada cresta del monte Ritter y los Alminares; al Suroeste la línea divisio-

ria de la cordillera entre el brazo septentrional del San Joaquín y el río Merced, uniéndose al grupo de picos que dan nacimiento á las fuentes principales del ramal Illi-louette del río Merced; al Noroeste se extienden las alturas de la Catedral. Todas estas estribaciones vienen á espirar á sus pies, semejando otras tantas cordilleras y agrupándose en admirables combinaciones, en tanto que, apañados y confundidos con ellas, se ve un sin número de anfiteatros, cañones y masas secundarias haciendo gala de sus lagos, ventisqueros y campos de nieve.

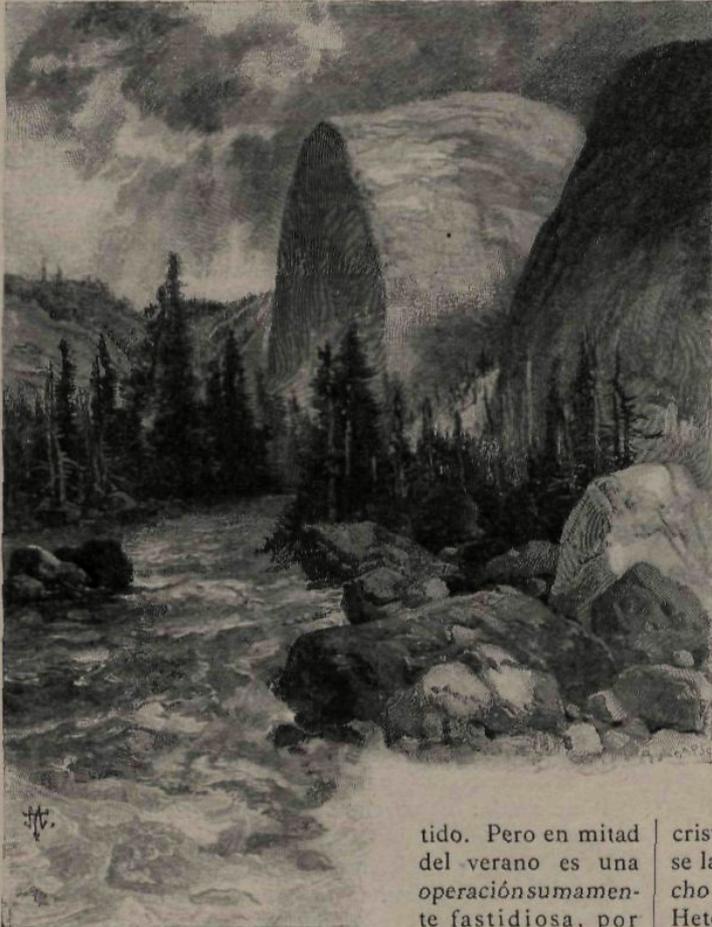
Haciendo la ascensión en Junio ó en Octubre, el ventisquero es muy accesible, porque entonces el manto de nieve que cubre el suelo es suave y en gran parte ya derre-

Tuolumne, cuyos vestigios aún se vislumbran á cincuenta millas de distancia y cuya influencia tan hondamente impresa se ve en el paisaje. El Mac Clure, en otro tiempo tributario del Lyell, es mucho más pequeño. Ha diez y ocho años hice una serie de expediciones para determinar el promedio de su velocidad y, á fines de verano, encontré que en medio del ventisquero bajaba el nivel de la nieve poco más de una pulgada en el espacio de veinticuatro horas.

Basta un día para trasladarse de las fuentes Soda al Mono; pero el cañón Sangriento es en verdad harto frágoso para las caballerías. Con todo, ofrece un espectáculo por todo extremo salvaje é interesante, y nadie se ha arrepentido de haber pasado algunos días en las orillas del lago ó visitando sus islas y volcanes.

Bajando el gran cañón del Tuolumne pueden llevarse las cabalgaduras del diestro hasta una herbosa cuenca que fué antaño el lecho de un lago y está situado más abajo del sendero del Creek Virginia. Desde este punto, el turista habituado á recorrer aquel terreno tan quebrado á consecuencia de los terremotos y alfombrado por el chaparral del cañón, puede llegar muy fácilmente hasta las grandes cascadas y volver al campamento en un día. Sin embargo, como no todos son capaces de hacerlo, es mucho mejor emprender cómodamente la expedición yendo preparado á acampar en cualquier parte y gozar del maravilloso espectáculo que aquel punto de observación ofrece.

El cañón empieza cerca del extremo inferior de las praderas y se extiende hasta el valle Hetch Hetchy en un espacio de cerca 18 millas, aunque en realidad parece mucho más largo á los que trepan por él. Tiene de 1,200 á 5,000 pies de profundidad y es comparativamente estrecho; pero tiene algunas entradas bellas y espaciosas á manera de parques y en toda su extensión abundan las maravillas que más hermosean y caracterizan los paisajes del Yosemite; las cúpulas, las rocas del Capitán, los Centinelas, los Arcos reales, las agujas de la Catedral, etc. Hasta hay otra Media Naranja, bien que no tan hermosa y sublime como la del Yosemite. También contiene un sinnúmero de



El río Tuolumne cerca de la boca del gran cañón

crystalinas cascadas cuya corriente se enturbia al derretirse la nieve á principios de primavera. No son ni con mucho tan caudalosas como las del Yosemite y las del Hetch Hetchy; pero muchas de ellas son bellísimas, y en cualquier otro país se considerarían como grandes maravillas.

En el brazo principal del río hay cascadas y saltos de agua que superan en volumen, extensión y variedad á las de todos los demás cañones de la sierra. Las cascadas más fastuosas é interesantes se encuentran casi todas en la región superior del cañón, más arriba del punto donde empiezan los recodos Hoffman y de la Catedral. Por espacio de algunas millas el río corre veloz y tumultuoso desparramándose por un espacioso lecho de granito, atravesando los declives de los aludes, espumeando furioso entre los pedruscos que le cierran el paso, saltando al aire en torbellino, arremolinándose y llenando con su estrépito las cuencas y los desfiladeros de los montes.

Un turista ágil y robusto puede recorrer en ese punto en toda su longitud el cañón que allí empieza. Es una excursión en la cual no hay un solo paso monótono y fastidioso y á cuyo término se encuentra el valle Hetch Hetchy, el cual es otro Yosemite, aunque con notables diferencias que le caracterizan.

tido. Pero en mitad del verano es una operación sumamente fastidiosa, por cuanto el hielo forma una multitud de capas tan bellas como resbaladizas. Todas se inclinan hacia el borde del ventisquero formando con perfecta regularidad una multitud de ángulos rectos y separados entre sí por zanjas de tres pies de profundidad. No puede darse un espectáculo más interesante para el turista que da un paseo alrededor de un ventisquero así esculpido y exornado.

El del monte Lyell tiene como una milla de ancho y próximamente otro tanto de largo; mas ofrece al espectador todos los rasgos característicos que suelen buscarse en esos parajes: peñascales, hondonadas, oteros, venas azules, etc. Las corrientes que manan de ese gran depósito de nieve salen enturbiadas por el musgo de las rocas y su incesante acción bruñe y pulimenta el duro lecho que las encauza.

Sin duda alguna es el más interesante de todos, como el más elevado de los que nos quedan de la región del

crystalinas cascadas cuya corriente se enturbia al derretirse la nieve á principios de primavera. No son ni con mucho tan caudalosas como las del Yosemite y las del Hetch Hetchy; pero muchas de ellas son bellísimas, y en cualquier otro país se considerarían como grandes maravillas.

En el brazo principal del río hay cascadas y saltos de agua que superan en volumen, extensión y variedad á las de todos los demás cañones de la sierra. Las cascadas más fastuosas é interesantes se encuentran casi todas en la región superior del cañón, más arriba del punto donde empiezan los recodos Hoffman y de la Catedral. Por espacio de algunas millas el río corre veloz y tumultuoso desparramándose por un espacioso lecho de granito, atravesando los declives de los aludes, espumeando furioso entre los pedruscos que le cierran el paso, saltando al aire en torbellino, arremolinándose y llenando con su estrépito las cuencas y los desfiladeros de los montes.

Un turista ágil y robusto puede recorrer en ese punto en toda su longitud el cañón que allí empieza. Es una excursión en la cual no hay un solo paso monótono y fastidioso y á cuyo término se encuentra el valle Hetch Hetchy, el cual es otro Yosemite, aunque con notables diferencias que le caracterizan.

Muchos de los visitantes del valle Yosemite se figuran que no hay otro como él en la tierra. Estas negaciones absolutas son de todo punto inadmisibles, porque la Naturaleza es muy rica para agotar sus recursos en un solo alarde, por ostentoso que nos parezca. El explorador puede encontrar en esos lugares varios Yosemite tan parecidos entre sí como un árbol á otro de la misma especie. Ocupan las mismas posiciones relativas en las faldas de los montes, han sido formados por iguales fuerzas é idénticas clases de granito y su vegetación, sus esculturas y saltos de agua tienen estrecha analogía con los del Yosemite.

El valle Hetch Hetchy ha sido á causa de esto denominado por mucho tiempo el Tuolumne Yosemite. Dícese que fué descubierto por un cazador llamado José Screech en 1850, un año antes de descubrirse el gran Merced Yosemite. Empieza en el extenso valle de este nombre y se extiende en dirección al Noroeste en un espacio de veinte millas y éntrase en él por una senda muy cómoda que parte de la vasta Llanura de la Encina en las praderas Bronson, algunas millas más abajo del Llano de la Grulla. Pero el mejor camino para el turista dotado de buenas piernas es el que cruza la divisoria de los dos valles. Viniendo del Yosemite por el cañón Indio ó el cañón Cascada se atraviesa la peñascosa cuenca del Yosemite Creek, dóblase á la izquierda y da la vuelta á las fuentes del brazo meridional del Tuolumne hasta el extremo superior del gran cañón de este nombre, algunas millas más arriba del punto donde comienza el Hetch Hetchy. Allí gozaréis de un panorama soberbio. A una profundidad de más de 4,000 pies contemplaréis una hermosa llanura cruzada por una cinta de plata que en ciertas épocas del año aparece verde ó amarillenta. La llanura es una sección de la pradera y la cinta el brazo mayor del río Tuolumne. En el lado opuesto del cañón vese una multitud de precipicios, cuyos bordes, ora igualmente escarpados, ora suavemente redondeados, recuerdan los del Yosemite, y desde allí extiéndese una serie de montañas cuyas cumbres forman una inmensa gradería y cuyo remate son los nevados picos de la cordillera. El del Castillo es el rey de estas altaneras cimas. No puede darse nada más bello y majestuoso que aquella eminencia vestida de luz y de nieve alzando al cielo sus innumerables agujas.

De *The Century Magazine*, traducido por

(Concluirá).

J. COROLEU.

NUESTROS GRABADOS

El guitarrista

CUADRO DE LUIS GRANER

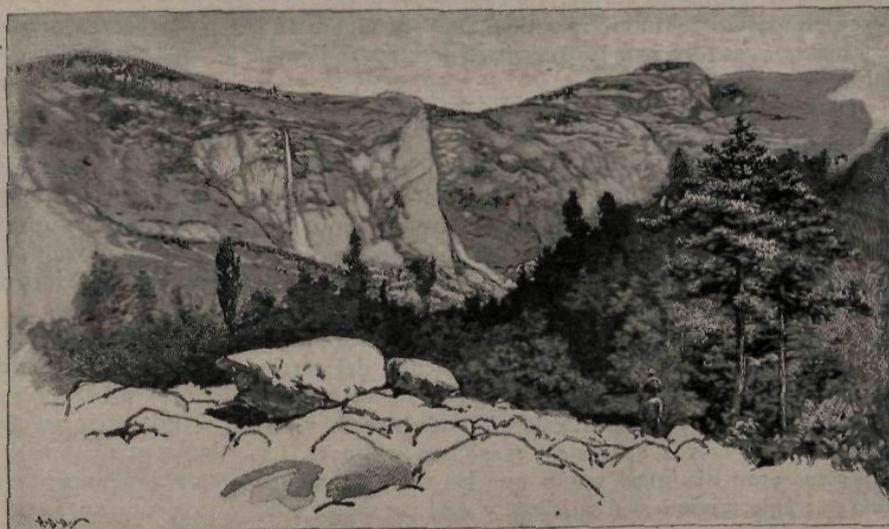
Consecuentes con nuestro propósito de dar á conocer en las páginas de *LA VELADA* á los artistas españoles que se distinguen en la pintura y en la escultura, publicamos en este número las reproducciones de tres cuadros debidos al pincel de Luis Graner, que en poco tiempo se ha conquistado un puesto envidiable. Graner, sin ser imitador, porque esto repugna á su carácter independiente, sigue, no obstante, las huellas de los grandes maestros de la pintura española. Nunca ha tratado de remedar á Velázquez y con todo, el nombre de Velázquez se le viene á la memoria al que contempla alguno de sus cuadros ejecutados con un

vigor notable en el claro oscuro y con holgura superior en la pincelada. Algo de Velázquez y algo también del genial Goya se descubre en *El guitarrista*. Sirvióle de modelo, sin duda, unos de esos bohemios que se escudan con el arte para holgazanear y en quienes se ven á veces chispazos de artista de veras. Graner lo sacó con una verdad que encanta. Aquel rostro barbudo, protegido por un sombrero que podría competir con los que usaban los discípulos de Monopodio, sigue atentamente el movimiento de la izquierda mano en los trastes de la guitarra. Ambas manos no pueden ser más naturales, pisando bien los dedos de la izquierda y lanzándose los de la derecha para arrancar del instrumento sus plañideros sonidos. Es una figura realista, por el estilo de las que pintaron los maestros que hemos citado, con un realismo á la española, que pone la verdad del natural y que no resulta antipático ni menos repugnante, gracias á que el arte preside en él y embellece lo que acaso no se presenta bello en la realidad misma.

La hermanita guardiana

CUADRO DEL MISMO ARTISTA

En esta obra Graner acaba de redondear su personalidad artística. En ella no existe propósito preconcebido alguno; es sólo un apunte del natural convertido en cuadro, merced al cariño con que lo estudió su



Entrada del valle Hetch Hetchy

autor. Las dos figuritas que hay en él se encuentran en todas las casas de las gentes del pueblo en Cataluña. Todo el mundo al contemplarlas dirá: «Las he visto en tal ó cual casa.» La niña, ya crecida, haciendo calceta y guardando á su hermanito chiquitín, bien puede decirse que es un cuadro popular de nuestra tierra. Y como los tipos lo son también, porque de ella han sido sacados, resulta que la pintura tiene indudablemente un aire catalán. La hermanita pone toda su atención en los puntos de la media, sin descuidar al pequeñita, cuya cabeza está perfectamente dibujada. Las dos forman un grupo interesante.

Un cuento

CUADRO DEL MISMO ARTISTA

Congregados en pobre casa, á la mortecina luz de un velón, escuchan dos individuos de fea catadura y una mujer que allá se va con ellos, el cuento ó historia que les refiere un cuarto. ¿Qué es el cuento? ¿De qué trata la historia? ¿Sería sobre algún crimen? ¿Tiene que ver con la política? Ni esto puede deducirse del cuadro, ni probablemente se ha preocupado el autor de ello. Buscó sólo un efecto de luz y supo encontrarlo. A pesar de que el grabado no puede darnos el color, con el cual se precisan bien los efectos luminosos, con el claro oscuro solamente se representa ya muy bien el foco de la luz del velón, los rostros iluminados directamente y las oscuras sombras que los cuatro personajes proyectan. Los dos hombres sentados frente al que está hablando ofrecen dos siluetas que causan la ilusión más acabada. En este cuadro, más que en el anterior, Luis Graner recuerda el modo de pintar y de poner la luz del celebrado don Francisco de Goya y Lucientes. La pintura en conjunto tiene el aire de aquellas composiciones de visión fantástica, conforme acontece, aún más que en sus cuadros, en los celebrados grabados al agua fuerte titulados *Los caprichos* y *Los proverbios*.



La máscara ó careta, ó sea el falso rostro con que se cubre la cara, ya para disfrazarse, ya para resguardar el cutis, se fabrica de cartón, de cera, de terciopelo, de seda, de lino, etc... Unas y otras se forman sobre moldes que ordinariamente son de yeso, contruídos según una cara en relieve modelada expresamente para este objeto. Á las máscaras de cartón se les da color, primero con una capa de color de carne muy ligera, luego con otra, y por último con el bermellón. Hecho esto, y cuando los colores están ya secos, se les aplica una cola clara que se deja secar, y por último un barniz. La base de las máscaras de cera es un tejido de lino muy sutil ó que esté algo usado. Las máscaras de ropa para los que visten dominós se llaman *lobas*.

El uso de las máscaras y la costumbre de las mascaradas se remontan á la más remota antigüedad. Se las encuentra entre los egipcios, griegos y romanos. Usábanse particularmente en las fiestas de Baco y durante las Saturnales y Lupercales. En los primeros tiempos se limitaban los actores para caracterizarse á embadurnarse con barro. Esquilo fué quien introdujo el uso de las máscaras en la escena. Las que usaban los actores eran una especie de casco de madera ó de metal esculpido que cubría toda la cabeza, y que, además de los rasgos salientes del rostro, imitaba la barba, los cabellos y las orejas. Su boca, siempre entreabierta, estaba contruída de un modo especial y propio para que la voz apareciese más clara y sonora. Las máscaras eran distintas, según que las representaciones fueran trágicas, cómicas ó satíricas, y según el sexo ó edad de aquel á quien debía representarse.

Según se cree, hasta el siglo xiv no aparecieron las máscaras en Francia. Procedían de Italia, país en donde existían varias ciudades, Venecia, sobre todo, que tenían gran renombre por las mascaradas que en ellas se organizaban durante el carnaval. Con ocasión de las bodas de Carlos VI en 1389, se vieron por primera vez las máscaras en Francia. Hasta el siglo xvi no se usaron más que en ciertas fiestas ó para tomar parte en los juegos de azar. Desde el siglo xvi hasta el xviii las mujeres llevaban ciertas mascaritas para guardarse del frío que se llamaron *lobas*, según hemos dicho. Durante la Regencia el colorete y los lunares postizos sustituyeron á las lobas, las cuales desde entonces sólo se usaron para disfrazarse. Italia, y muy particularmente Venecia, tuvo por largo tiempo el monopolio de la fabricación de las máscaras. Hoy día París las produce para todos los países. La primera fábrica de máscaras fué montada por un italiano llamado Marassi.

En el arte de la esgrima se usa una máscara formada con un bastidor de hierro ovalado, cubierto de una tela metálica muy cóncava. Tiene por objeto evitar los golpes de florete ó las estocadas en el rostro; en su parte superior hay un arco de hierro provisto en su extremidad de una placa del mismo metal, que se apoya en el occipucio y mantiene sujeta la máscara sin necesidad de ningún cordoncito. Los agujeros de la tela metálica son lo suficientemente grandes para que no intercepten la vista, pero de un tamaño, al mismo tiempo, que el florete no pueda penetrar por ellos.

* * *

Sabidas son las precauciones que toman los ciegos para ocultar el dinero. Uno que poseía quinientos reales, no fiándose de tenerlos escondidos en el miserable cuarto que habitaba, bajó una noche al corral de la casa y los enterró al pie de un árbol. El exquisito tacto de que están dotados los ciegos le facilitaba el poder encontrar el lugar que encerraba su tesoro. Un vecino de la misma casa, que por casualidad había bajado al patio, notó la acción del ciego, y, al retirarse éste, desenterró los quinientos reales.

¡Cuál no fué la desesperación del ciego al notar la falta! A fuerza de observar á todas las personas que en la casa vivían, por algunas palabras cayó en sospechas del ladrón, fuese derecho á él y le dijo:

—Poseo mil reales y desearía esconderlos en un paraje seguro donde tengo ya quinientos; pero como somos mortales, desearía que usted presenciara la operación para que alguno se aprovechara de esta suma que quedaría perdida.

Alegróse el vecino, y le animó á que lo hiciera así para atrapar la mayor suma. Quedaron convenidos para aquella noche, y el ladrón tuvo cuidado de depositar los quinientos reales que había sustraído, á fin de que no notara el ciego la falta.

Luego que llegaron al paraje, cogió éste su dinero recién enterrado, y dijo al otro:

—Amigo mío, convenga usted conmigo en que el ciego ha visto más claro que el que goza de buena vista.

* * *

Un negro de la Jamaica entregó á su amo un chelín que encontró barriendo las alfombras. El amo le dijo:

—Guárdatelo en premio de tu honradez.

Poco tiempo después, habiendo perdido el amo un lapicero de oro y buscándolo inútilmente por toda la casa, preguntó al negro si lo había visto:

—Sí, mi amo, le respondió, pero me lo guardo en premio de mi honradez.

* * *

Un aragonés se enteró de que desde la estación donde se metió en el tren, á Zaragoza, había doce leguas; pero admirado de llegar tan pronto, exclamó:

—¡Rediós! Si lo sé me vengo á pie.

* * *

A un campesino le preguntaron en la fonda de qué clase quería el cubierto, y equivocando la materia con el precio, contestó:

—Como me den mucho que comer, no me importa que la cuchara sea de palo.

* * *

Al ver el alcalde de cierto pueblo que un vecino del mismo iba á pegarle á un cerdo, puso la vara de la autoridad encima del lomo del animal, diciendo:

—Anda, tócalo, si te atreves con la justicia.

* * *

Para destruir las avispas empápanse unas estopas con esencia de trementina, introduciéndolas encendidas en la entrada del avispero, en un momento en que las avispas estén reunidas dentro, que es una ó dos horas después de puesto el sol, y así se ahogarán todos los insectos.

* * *

Puede hacerse una buena almáciga para la loza, calcinando conchas de ostra, y reduciéndolas á polvo finísimo pasado por un tamiz de seda ó molido sobre mármol hasta hacerlo impalpable. Tomando una ó muchas claras de huevo, según el polvo ú obras que se han de hacer, y después

de bien batidas y dejadas en reposo, luego con el líquido que resulta y el polvo, debe hacerse una pasta ó cola bastante líquida, con la que se juntarán los dos pedazos de loza, colocándolos convenientemente, y atándolos para que permanezcan en este estado ocho minutos. No necesita más tiempo este luten para secarse perfectamente, y tiene la ventaja de resistir al fuego y al agua sin romperse, aun cuando la loza cayera en tierra. Si se han de unir muchos pedazos, se pegará uno después de otro, y las fracturas apenas se verán después de compuestas.

* * *

Las dos cosas que más pronto envejecen, son los favores y las noticias.—SEGUR.

* * *

La felicidad es una planta que no crece sino en la zona templada de las pasiones.—SANIAL-DUBAY.

* * *

Los grandes habladores son como los vasos vacíos, que hacen más ruido que los que están llenos.—FOCIÓN.

* * *

Por muy erguida que lleve la cabeza una hermosura, siempre toca con los pies en la tierra.—KEND-ALTAR.



ULTRAMARINOS RETOZONES

Si el café es una especie de final obligado en nuestras comidas, el cigarro sirve maravillosamente... para resolver el problema que consiste en figurar que se hace algo sin hacer nada.

No conviene abusar de esos excitantes, pero en razonable proporción sirven á los fines digestivos, cuando menos porque obligan á demorar los trabajos en que debe intervenir la imaginación, y que por ser forzosos tienen más influjo sobre la transformación del alimento en sustancia nutritiva.

Consecuentes en nuestro sistema de utilizar todos los recursos fáciles para obtener el *utile dulci* de Horacio, veamos en qué forma sirven á tal objeto nuestros dos ultramarinos, el café y el tabaco.

En primer lugar, el café tiene una influencia marcada sobre el sistema nervioso; y aspirar los vapores que se escapan de una taza de excelente mezcla de Moka y Puerto-Rico (que es la mezcla más abonada para obtener buen café), sirve mucho para desvanecer las ligeras jaquecas y hasta para aliviar las que son de padre y señor mío.

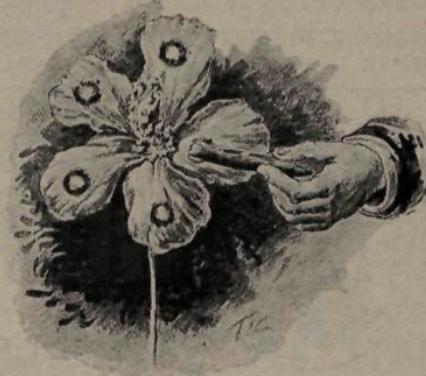
Puede también utilizarse el café para observar el estado de la atmósfera; si las burbujas se reúnen en el centro indican buen tiempo, y malo si se dispersan y forman un collar de burbujitas en el borde; pero es preciso abstenerse de revolverlo, porque entonces no obran las moléculas con libertad.

También vale el café para divertirse viendo los enmarañados dibujos que forma en su superficie líquida, cuando la hiere la luz de la lámpara y se remueven sus capas con la cucharilla: agítese más ó menos y saldrán unas combinaciones más complicadas que la firma del Sultán de Turquía.

Ahora le toca el turno al cigarro.

Supongo que en el centro de la mesa hay un ramillete: pues bien; basta tocar con la ceniza caliente del ci-

garro los pétalos rojos de la flor del hibiscus para pintar en ellos unas manchas azules; si se practica lo mismo en los pétalos de otras flores aparecerán manchas verdes ó



azules según la composición química del color que las matiza. Este resultado se debe al álcali que se desprende por la combustión de la nicotina, principio esencial del tabaco.

He aquí algunas de las consecuencias científicas que pueden obtenerse con el café y el tabaco.—JULIÁN.

Solución á la charada anterior
CA-NAS-TOS

Solución al losange:

S
MAR
MILÁN
SALOMON
RAMOS
NOS
N

Solución á los cuadros de líneas:

SEVILLA

CHARADA

Tengo una *todo* preciosa favorita de mi esposa, y *tres un* de buen tamaño que estoy usando hace un año. Tengo, como sabéis vos, un niño que le queremos con los mayores extremos á pesar de ser *tres dos*. Pues bien, amigo Tremaño, verá usted lo que hizo el niño: un *prima dos* encontró, rompe el *tres un* indiscreto, y siendo el drama completo allí mi *todo* murió.

PA. SA. MA.

SUSTITUCIÓN

. . . X . . .
. . . X . . .
. . . X . . .
. . . X . . .
. . . X . . .
. . . X . . .
. . . X . . .

Sustituyendo los puntos por letras, se ha de leer en cada línea el nombre de una capital de provincia española. Los signos de multiplicar, sustituidos también por letras, darán, leídos verticalmente, el nombre de una capital de provincia también española.

J. SOLER FORCADA.

Gran sastrería de A. Medina

BARRA DE FERRO, 8, 3.º

BARCELONA

— Constante surtido de géneros del país y extranjeros —

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á domicilio á tomar medida

NUEVO DICCIONARIO DE QUIMICA
 POR EMILIO BOUANT

MAQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCIÓN

funcionando sin ruido

**VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS**

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

NOVÍSIMO

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO

DE LA LENGUA CASTELLANA

EL MÁS COMPLETO EN SU CLASE DE LOS PUBLICADOS HASTA HOY

REDACTADO EN VISTA DE LOS DE

Dominguez, Salvá, Caballero, Roque Barcia, Fernández Cuesta, Rosa y Bouret, Vélez de Aragón, y varios de los enciclopédicos más modernos

por el doctor

D. DELFIN DONADIU Y PUIGNAU

Catedrático de la facultad de filosofía y letras de esta universidad literaria

Este importante DICCIONARIO formará tres tomos de grandes dimensiones, repartiéndose por cuadernos de 24 páginas, ó sea de 72 grandes columnas cada uno al precio de 50 céntimos de peseta en toda España.

EXAMEN DE LA PUREZA DE LOS REACTIVOS QUÍMICOS
 POR EL

Dr. O. Krauch

Esta importante obra forma un magnífico tomo de 388 páginas en 4.º impreso con papel superior y tipos claros y no obstante sus recomendables cualidades se vende al ínfimo precio de 20 reales.



Para Resfriados, Tosas, Bronquitis, Mal de Garganta, Romadizo y Tisis Incipiente ningún remedio puede compararse al

Pectoral de Cereza Del Dr. Ayer,

El cual viene siendo desde hace mucho tiempo el expectorante anodino más popular y más eficaz en el campo de la Farmacia, y recibe por doquiera la recomendación de la Facultad Médica. Calma la membrana inflamada, desaloja las mucosidades irritantes, es un paliativo para la tos y descansa al enfermo. Como medicina casera para todo caso imprevisto, el Pectoral de Cereza del Dr. Ayer se lleva la palma

En Ambos Hemisferios,

Pues alivia y cura el garrotillo, la tos ferina, mal de garganta; y para todos las afecciones pulmonales á que están tan sujetos los jóvenes es inapreciable. Ninguna familia, para su seguridad, puede estarse sin el Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E.U.A. Lo venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

Pronto en obrar y seguro en curar

VIDA DE SAN JOSÉ

POR EL P. CHAMPEAU

Edición magníficamente ilustrada. Consta de 30 cuadernos á peseta cada uno.

LA TIERRA SANTA

POR

D. VÍCTOR GEBHARDT

Esta obra se reparte por cuadernos al precio de una peseta cada uno.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Poo. — Viajes regulares para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tanger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz: la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.